

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Las lecturas de este domingo hacen referencia a la libertad. Probablemente pocas palabras encuentran tanto eco en el corazón de los hombres aunque, es preciso reconocerlo, no todos entienden lo mismo. San Pablo dice: «Hermanos, para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado», y añade: «vuestra vocación es la libertad». Al hombre actual le sorprenden estas afirmaciones. «¿Cómo? -dirá-, ¿es que acaso no soy ya libre?». La realidad es que no, que nuestra libertad era esclava y Cristo ha venido a liberarla.

¿Qué significa libertad esclava? Algo muy sencillo. No somos capaces de hacer lo que sabemos que debemos hacer; en cambio, muchas veces nos inclinamos por el mal que rechazamos. Nos gustaría ser amables y contestamos mal; queríamos amar de verdad y nos descubrimos egoístas. ¿Qué pasa? ¿Es que no quiero ser bueno? Sí que quieres, pero no puedes. Por eso Cristo ha venido a liberarte.

La libertad va unida al bien. Somos más libres cuanto más capaces somos de amar, de entregar la vida. De ahí que el apóstol diga: «Sed esclavos unos de otros por amor». La libertad auténtica tiene lugar cuando somos capaces de entregar, de poner toda nuestra vida al servicio del amor. Nadie es más libre que el que da su vida. Si nos examinamos descubriremos que san Pablo acierta plenamente al decir: «No es una libertad para que se aproveche el egoísmo». Muchas veces nos escudamos en frases como: «Hago lo que quiero», «tengo derecho»..., que no son más que excusas para evitar la radicalidad del amor.

El cristianismo es la religión de la libertad. Pero; para ello hay que aceptar la invitación de Cristo. Es lo que nos indica el evangelio. Jesús no obliga a nadie. Dios no coacciona al hombre. Los mandamientos no son una carga pesada, sino el camino para desarrollar todas nuestras potencialidades si vivimos unidos a Dios.

Quien acepta el don de la gracia experimenta algo en su vida espiritual. Cada vez es capaz de más. Dios, en primer lugar, nos enseña a desprendernos de las cosas, a no poner nuestra confianza en los bienes materiales y a aferrarnos más a Él. Así, sostenidos por Dios, empezamos a ver que somos capaces de «hazañas» que no habíamos ni imaginado. Ya no vivimos pensando en evitar el mal, sino sobre todo en hacer el bien. De ahí las palabras de san Pablo: «Si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley».

Pocas cosas están tan falsificadas en nuestro mundo como la libertad. Pidámosle a Jesucristo que nos haga conocer la libertad verdadera.

Ninguna mujer de la historia ha sido tan libre como lo es María.